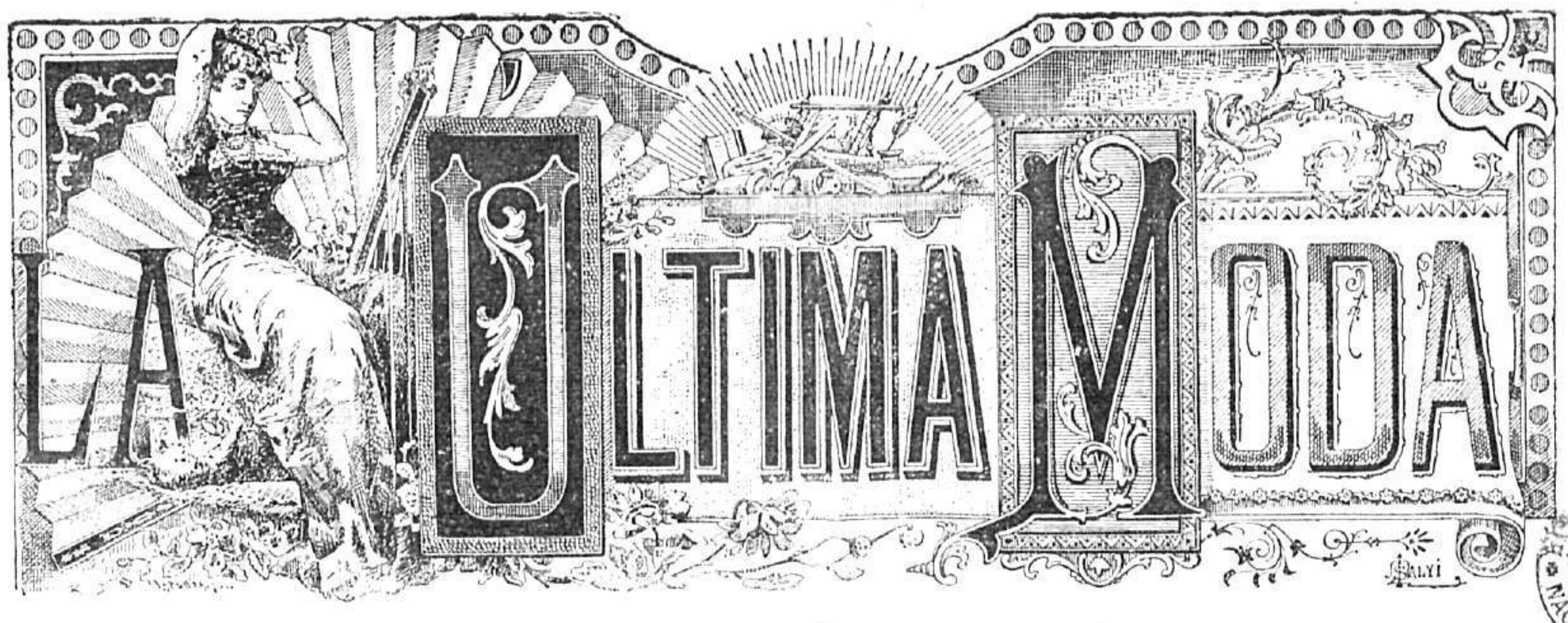



AÑO III — *Revista ilustrada Hispano-Americana.* — NÚM. 106

**Madrid 12 de Enero de 1890.**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CLAUDIO COELLO, 13, MADRID

**Teléfono núm. 2205.**

**SUSCRICIÓN PENÍNSULA**

| | | Directa. | Por comisionado. |
|---|---|---|---|
| Tres meses. . . .. ..... | pesetas | 3 | 3,50 |
| Seis meses.......... . | „ | 6 | 7,00 |
| Un año .............. | „ | 12 | 14,00 |

Número corriente, 25 cénts. Atrasado, 50.

**SUSCRICIÓN AMÉRICA**

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro.
„ „ un año .. 5 „ 30 „ „

NÚMERO SUELTO: **Un real fuerte.**

Filipinas, un año.. ................ ... 6 pesos fuertes.

En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO



............

## Crónica de la Moda.

No sé los efectos que en otros países producirá en los ánimos la epidemia que aflige á toda Europa, y comienza también á hacer estragos en el Norte de América. En Francia, y particularmente en París, aunque como es de suponer, la alarma es grande y la tristeza se apodera del espíritu, hay que reconocer que en las clases acomodadas, y en las clases opulentas sobre todo, se ha despertado el sentimiento de la caridad con tal vehemencia, que ha venido en cierto modo á contrarrestar el influjo del mal, ofreciendo consuelo á los desvalidos y distracción y dulces esperanzas á los que de otro modo sufrirían bajo la influencia del terror.

París, no hay duda, si es el centro de los grandes vicios, lo es también de las grandes virtudes. Todavía saboreábamos el hermoso triunfo de la última brillantísima Exposición Universal; la afluencia había traído á esta capital ríos de oro; todo hacía esperar un invierno magnífico; los teatros animados y llenos de espectadores; los salones abiertos de par en par ostentando las grandezas del lujo en el mobiliario y las maravillas de la elegancia en los trajes y adornos de las señoras. Todo nos hacía esperar que el invierno de 1889 á 1890 sería uno de los más espléndidos y dejaría recuerdos agradabilísimos. No ha sido así; de pronto comenzaron á llegar noticias aflictivas del Norte de Europa; en Rusia se revelaba la enfermedad, que después, con rapidez eléctrica, se ha extendido hasta los confines del Mediodía; París no tardó en conocer de cerca los efectos de esa enfermedad, tratada al pronto como cosa insignificante y baladí; pero respetada y temida poco después al ver las víctimas que causaba.

¡Adiós ilusiones! ¡Adiós esperanzas en todas las clases sociales! Se había ya inaugurado una serie de banquetes, que por la calidad de los comensales marcaba una moda digna de aplauso. Los más célebres modistos habían recibido numerosos encargos de trajes para las fiestas que debían darse en los palacios parisienses. En los teatros se ensayaban obras llamadas á alcanzar esos éxitos que sólo se ven en París. Algunas bodas pactadas durante el último verano en Dieppe y en Trouville; durante el último otoño en los castillos señoriales debían verificarse de un momento á otro. ¡El cambio de la decoración ha sido rápido y desconsolador!

De pronto se supo que algunos banquetes habían tenido que suspenderse por enfermedad de los anfitriones. Varias de las ilustres damas que abrían sus salones por las tardes tuvieron que cerrarlos por la misma causa. Los teatros comenzaron á parecer desiertos. Los periódicos anunciaban un aumento considerable en la mortalidad. El frío seco abrasaba los pulmones. Durante algunos días esta inmensa ciudad, tan animada, tan bulliciosa, parecía una capital de provincia sin animación, sin vida. ¡Todos los cálculos venían á tierra! ¡Todas las esperanzas desaparecían como el humo!

De cuando en cuando hay en las ciudades como en los individuos, períodos de aba-




NÚM. 1.—TRAJES PARA RECIBIR

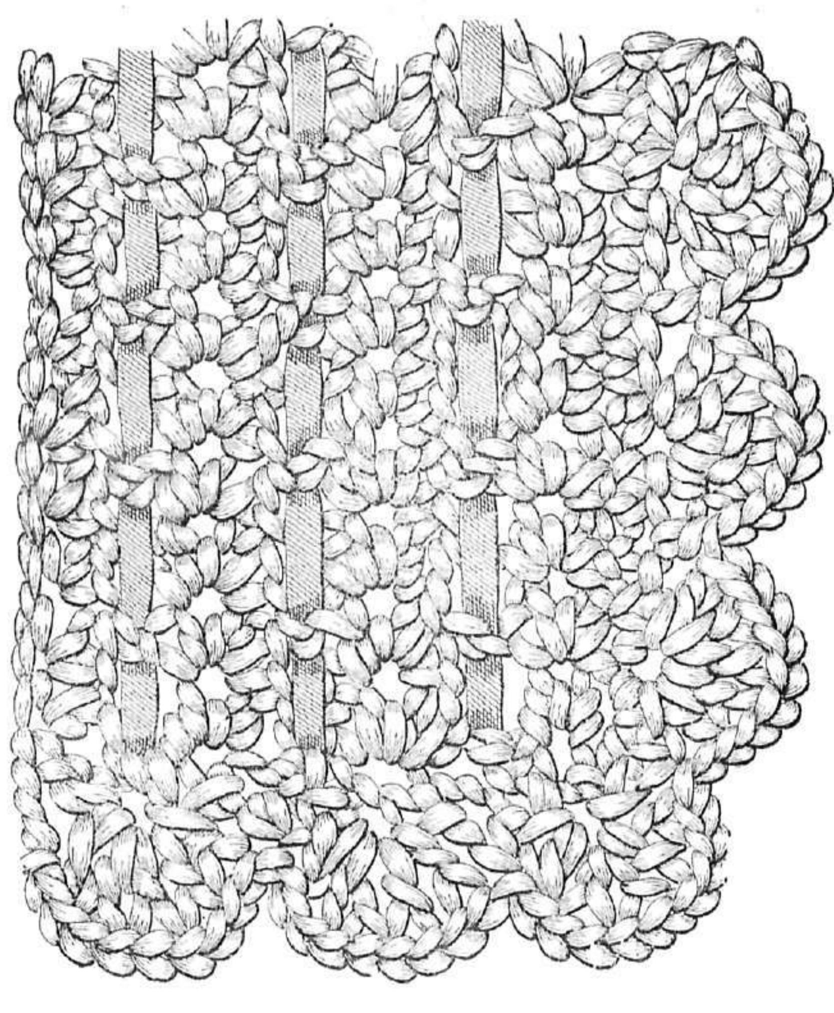
imiento, de postración. ¡Cuanto más agradables son los ensueños que nos han ofrecido horizontes de color de rosa, más sombrías y tristes son las realidades! El corazón se oprime, se apoderan de nuestro espíritu ideas de una profunda melancolía, todos formamos un unísono verdaderamente lúgubre, y donde quiera que volvemos los ojos, en vez de ver hacia fuera, vemos hacia dentro, y nuestra propia tristeza se refleja en nuestras miradas.

En estos momentos de suprema angustia, los que tienen en el fondo de su alma sentimientos religiosos, los que creen, los que rezan con fervor, encuentran una dulce resignación primero, y después, como nacida de ella, una esperanza que mitiga las penas.

Las lectoras lo saben por experiencia. No son necesarios los grandes conflictos, las espantosas catástrofes que de tiempo en tiempo experimenta la humanidad para comprender lo que valen los sentimientos religiosos. Basta una pena individual, una aflicción cualquiera para saber el dulcísimo bálsamo que la fe encuentra en el fervor religioso y en la práctica de las virtudes que de él emanan.

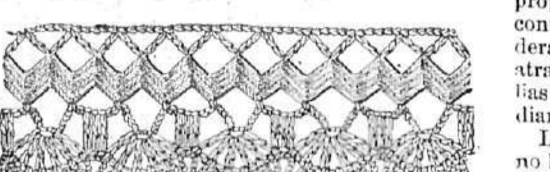
Cuando una calamidad aflige á una población, si ese sentimiento individual se multiplica y se generaliza; como por encanto se transforma el cuadro desolador. Al temor, al abatimiento, al pesimismo, suceden la gratitud á la Providencia porque nos libra de la desdicha que alcanza á otros seres que nos rodean, la compasión por los que sufren y el vivísimo y generoso deseo de acudir en auxilio de los que son más desgraciados que nosotros.

Se opera una reacción saludable, damos con gusto lo que tenemos, acudimos á la cabecera del lecho de los enfermos, y reconfortado nuestro espíritu con la práctica de estas virtudes cristianas, nuestras fuerzas físicas reaparecen, y así como el miedo nos ha contagiado, la esperanza y el consuelo nos contagian; y como los individuos, renacen las ciudades abatidas, alcanzando los inagotables beneficios de la misericordia divina.



Núm. 2.—Colcha para cuna

Esto es lo que ha pasado en París. En primer lugar, las señoras ricas no han suspendido los encargos que habían hecho á las modistas. Han comprendido que quedarían sin trabajo muchas operarias, y para evitar esta desdicha han preferido sacrificar algunas cantidades. Dentro de poco, Dios mediante, cesará la aflicción, y los trajes, inútiles hoy, servirán para las fiestas que celebrarán, y á sus encantos propios unirán el de haber contribuído á hacer más llevadera la época calamitosa que atravesamos á infinitas familias que viven del trabajo cotidiano.



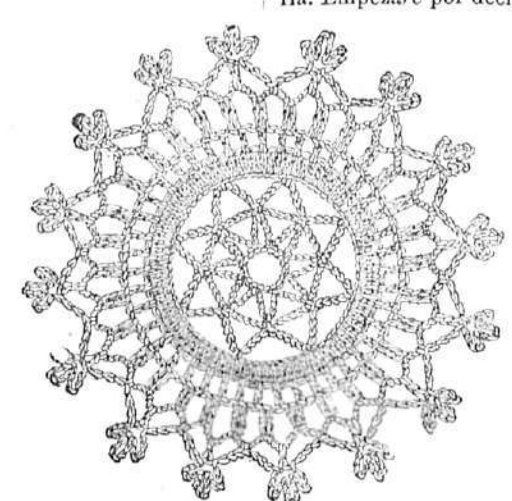
Núm. 3.—Puntilla al crochet

Las reuniones vespertinas no han cesado. Las señoras se reunen, pero no para oir música, para entregarse al placer de la conversación, para bailar ó para entretener el tiempo en juegos de sociedad. En estas reuniones las señoras trabajan, bordan, hacen preciosas labores, que cada quince días constituyen los elementos, ya de rifas, ya de ventas, y los productos se entregan á los pobres.

En casi todos los barrios se han formado Juntas de socorros, y las señoras se informan de las necesidades de los indigentes y acuden á ellas con verdadera prodigalidad. ¡Este hermoso espectáculo están dando esas clases, objeto á veces de murmuraciones, porque emplean el tiempo en fiestas y placeres y gastan un dineral en trajes, joyas y adornos!

Esas clases, hasta cuando derrochan su fortuna, contribuyen al sostén de otras innumerables clases menos afortunadas; y en París al menos, no sólo por los pobres de la capital y de la nación, sino por los desvalidos del mundo entero, saben, cuando llega la ocasión, hacer sacrificios muy suficientes para que les sean perdonados sus pecados, si pecado es cambiar sus pingües riquezas por los productos del trabajo, de la industria y del arte.

Desde que se celebran esas reuniones, desde que se acude al socorro de las más apremiantes necesidades, se ha transformado París por completo. Los coches de lujo, que de ordinario llenan las alamedas del Bois, recorren las calles de París y se detienen á las puertas de los más miserables albergues. De ellos se apean esas damas que los cronistas llaman astros de los salones, envueltas en ricos abrigos, suben estrechas escaleras, penetran en míseras moradas, y llevan á las infelices familias, pobres y enfermas, limosnas que bastan para atenuar los horrores de la miseria y para que los mismos desgraciados vean en estas visitas la inagotable bondad de la Divina Providencia.



Núm. 5.—Estrella al crochet

El ejemplo cunde, y este año muchos de los niños felices que la víspera de Reyes ponen los zapatitos en el balcón esperando que aparezcan al día siguiente llenos de preciosos regalos, han dicho á sus mamás:

—Los regalos de este año los partiré con los niños pobres.

Otros han dicho al entregar sus diminutos zapatos para que los llevasen al sitio de promisión:

—Este año no quiero regalos; quiero dinero para llevarlo con mamá á los desgraciados niños pobres y enfermitos.

No necesito añadir que los deseos de unos y otros se han realizado.

¡Ah! sí, mis queridas lectoras; lo digo con toda mi alma: sin religión no hay caridad; sin caridad no hay felicidad posible en el mundo.

Y ahora, para terminar esta *Crónica*, triste sí, pero prometiendo dulces y próximas esperanzas, indicaré que á pesar de todo, durante los primeros días del año, París ha ofrecido la animación que de costumbre. Los regalos de entrada de año se han cambiado con más profusión y quizás con más efusión que otros años.

Entre los que más éxito han alcanzado por su novedad figura una joya javanesa llamada el *Ouakiem*, del nombre de una de las bailarinas que más llamaron la atención durante la última Exposición Universal en la Explanada de los Inválidos. Es un brazalete de oro trenzado en forma de bambú, y se cierra con un broche, del que parten ligeras cadenitas de oro que sostienen un medallón, también de oro esmaltado. En este medallón se admira el retrato de la indicada bailarina javanesa rodeado de una ingeniosa divisa, que es la de todas las terpsícores del *kampong*, y que en caracteres del país viene á decir: «Esclavo, á donde quiera que te conduzca el capricho, te acompañará la protección de los ídolos, y realizarás cuanto desees en lo más profundo de tu corazón.»

La promesa no puede ser más agradable ni más á propósito para un regalo de principio de año, símbolo siempre de los votos que hacemos por la ventura de los seres queridos objeto de nuestros agasajos.

Otro de los regalos que también han alcanzado gran boga, es el aderezo *Bacante*, compuesto de una corona de flores que se coloca sobre el cabello y una guirnalda, destinada á rodear el escote del cuerpo del traje. Las flores, aunque artificiales, están perfumadas, y las preferidas son las violetas de Parma, las rosas, las orquídeas, la hierba doncella y las crisanthemas, esas flores en honor de las cuales ha creado el Japón una fiesta religiosa y nacional á la vez.

Algunos esposos galantes, añaden á estos floridos aderezos alfileres de diamantes para fijar la corona en el cabello y la guirnalda en los hombros.

Blanca Valmont

## Carnet de la Moda.

Lindos modelos encontrarán nuestras amables suscritoras en este número, y además de lindos, recomendables bajo todos conceptos. Los dos trajes para recibir que aparecen en la plana primera se captan desde luego todas las simpatías por su sencillez y buen gusto. En la plana del centro se encuentran, además de tres modelos de abrigos y trajes para niñas, dos abrigos largos de irreprochable distinción, y un bonito traje para casa.

Núm. 4.—Entredós al crochet

Además son dignos de mención en dicha plana, el traje estilo sastre, el traje para paseo, el traje para mañana y el traje para visita, modelos todos muy nuevos y en extremo distinguidos.

—

Daré algunas noticias acerca de los pañuelos, prenda tan elegante como necesaria. Empezaré por decir que el pañuelo cubierto de primorosos bordados, rodeado de rica *Valenciennes* ó *Malines*, sigue y seguirá siendo el pañuelo clásico, en el que la Moda no se permite introducir la más ligera modificación.

El pañuelo fantasía es el que motiva mayores alteraciones, y por eso de él voy á ocuparme con preferencia. Los anchos jaretones ó vainicas son sustituídos en los pañuelos de batista por caprichosos festones. Las cifras se colocan en una de las esquinas, y se emplea en su bordado algodón blanco ó de tenues colores: rosa, lila, hoja seca, paja, reseda, etc.

La novedad del momento consiste en agrupar en las cuatro esquinas del pañuelo multitud de figuritas chinas ó japonesas en graciosas posturas, bordadas en los tonos característicos. En otros pañuelos se cubre el fondo con mariposas, flores, pajarillos é insectos, colocados sin simetría en agradable confusión.

—

La Moda apadrina este invierno los abrigos largos, y esto se debe sin duda alguna á la intensidad de los fríos. Muchas son las formas de abrigos largos que han hecho su aparición en estos últimos días, y entre ellos citaré como de más novedad dos, conocidos por los nombres de abrigo *Skating-Club* y abrigo *Mirella*. El abrigo *Skating-Club* es de *peluche* verde mirto. La espalda, entallada, se guarnece con dos anchos galones bordados colocados á lo largo. Los delanteros son rectos y se adornan con anchas tiras de piel de zorro azul. Mangas lisas, rodeadas de galones bordados. La parte alta de este abrigo desaparece bajo un ancho canesú de pasamanería y piel.

El abrigo *Mirella* es de paño azul japonés y astrakán negro. La parte de falda fruncida, está guarnecida con una ancha tira de astrakán. La espalda del cuerpo es

de astrakán y los delanteros de paño, sujetos por un corselete de astrakán formando agudas puntas. Cuello Médicis de astrakán negro. Mangas á la *judía*. Tres largos picos de astrakán, con golpes de pasamanería en las puntas, caen sobre la manga.

—

El fino encaje de oro y plata se emplea este invierno más que nunca en la hechura de las capotas de teatro y concierto. Describiré dos modelos de capotas de este estilo, recomendables por su suprema distinción. En la primera, el encaje de oro se coloca en finísimo rizado sobre un fondo de terciopelo botón de oro. La parte de delante de esta capota se adorna con una mariposa de gran tamaño. El cuerpo y las antenas son de filigrana, de oro y las vaporosas alitas de gasa de seda de varios tonos violeta. Bridas de gasa violeta, anudadas bajo la barba en un lazo en forma de mariposa.

El segundo modelo es de terciopelo hoja de rosa. El borde de la capota se rodea con un ligero abullonado de encaje de plata, y el fondo se adorna con aplicaciones de encaje de plata, formando raros arabescos. Grupo de plumas rosa, con *esprit* de plata, se coloca sobre un abullonado de terciopelo hoja de rosa. Bridas de terciopelo con aplicaciones de encaje.

—

He aquí un elegantísimo modelo de traje para visita.

Larga levita de paño Eiffel, plegada á palas en la parte de la falda. Cada una de estas palas se adorna con bordados de fina *soutache* del mismo color, formando rameados que suben hasta la cintura. Falda recta de terciopelo Eiffel, guarnecida en el borde con una ancha tira de piel de marta zibelina. Cuerpo bordado de *soutache*, abierto sobre un *plastrón* de terciopelo, guarnecido con una tira de piel. Mangas huecas, con hombreras bordadas de *soutache*. Cuello y puños de piel de marta cibelina.

—

Recomiendo á mis lectoras un modelo de chaqueta que tiene cierta novedad. El cuerpo es de *matelassée* de seda, ajustado en la espalda, y con delanteros sin pinzas. Las mangas son de piel de nutria ó chinchilla y afectan formas caprichosas. Este abrigo tiene la ventaja de que puede ser usado lo mismo por una señorita que por una señora casada. En algunos casos se sustituye el *matelassée* por paño, y la piel de las mangas por terciopelo ó *peluche*.

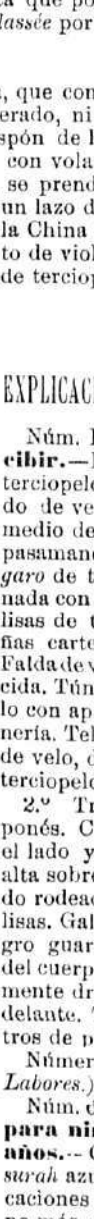


N. 7. Traje de vestir para niña

—

Citaré para terminar una linda y elegante fantasía, que consiste en un manguito de magnífica piel de zorro azul de un tamaño moderado, ni muy grande ni muy chico. El interior del manguito está forrado con crespón de la China, de un tono rosa sumamente pálido, y los costados se adornan con volantes rizados de fino encaje blanco. En la parte de encima del manguito, se prende graciosamente, con un lazo de cinta de crespón de la China rosa pálido, un grupito de violetas y pensamientos de terciopelo.

Clementina



Núm. 7.—Bata elegante



## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

Núm. 1. **Trajes para recibir.**—1.º De velo crema y terciopelo rubí. Cuerpo fruncido de velo crema, sujeto por medio de aplicaciones de fina pasamanería. Chaquetilla *Fígaro* de terciopelo rubí, adornada con pasamanería. Mangas lisas de terciopelo con pequeñas carteras de pasamanería. Falda de velo ligeramente fruncida. Túnica recta de terciopelo con aplicaciones de pasamanería. Tela necesaria: 9 metros de velo, doble ancho, y 10 de terciopelo.

2.º Traje de paño azul japonés. Cuerpo abotonado en el lado y abierto en la parte alta sobre un *plastrón* cuadrado rodeado de solapas. Mangas lisas. Galones de terciopelo negro guarnecen los contornos del cuerpo. Falda recta, ligeramente drapeada en la parte de delante. Tela necesaria: 8 metros de paño, doble ancho.

Números 2, 3, 4 y 5. (Véase *Labores*.)

Núm. 6. **Traje de vestir para niña de ocho á diez años.**—Chaquetilla *Fígaro* de *surah* azul, adornada con aplicaciones de pasamanería un tono más oscuro, abierta sobre una camiseta de encaje blanco, sujeta bajo un corselete bordado de pasamanería. Mangas bordadas con hombreras fruncidas. Túnica recta, con aplicaciones de pasamanería. Delantero de encaje plegado.

Núm. 7. **Bata elegante.**—Es de cachemir *beige*. La espalda está ajustada en el cuerpo y plegada en la parte de falda. Los delanteros, rodeados de un galón de pasamanería azul, se abren sobre un delantero fruncido sujeto por un cinturón anudado en el lado. Mangas lisas. Cuello y puños de galón bordado.

Núm. 8. **Abrigo largo para niña de doce á catorce años.**—De paño nutria. Los delanteros, plegados, se cierran por medio de sardinetas de pasamanería. Cuello alto y cinturón ruso de pasamanería. Mangas lisas con puños de pasamanería; segundas mangas de paje, guarnecidas con un ancho galón de pasamanería.

Núm. 9. **Traje estilo sastre.**—Es de tartán escocés. Cuerpo muy entallado, cerrado por doble fila de botones, con cuello vuelto y solapas de la misma tela rodeando un pequeño *plastrón*. Mangas lisas. Falda recta por detrás y drapeada en la parte de delante. Sombrero de terciopelo, adornado con plumas y lazos de cinta escocesa. Tela necesaria: 11 metros de tartán escocés, doble ancho.

Núm. 10.—1.º **Abrigo para niña.**—De paño azul. Los delanteros están plegados y sujetos por un cinturón bordado de *soutache* negra. Mangas lisas, con puños bordados; segundas mangas á la *judía*. El cuello, vuelto, y los hombros se adornan con bordados de *soutache*. Sombrero de paño y terciopelo, adornado con grupos de plumas.

2. **Traje para niña.**—Falda plegada de tela escocesa. Chaqueta de terciopelo cincelado, dejando ver una drapería de seda lisa anudada en el lado. Mangas de tela escocesa, con hombreras de terciopelo cincelado.

3. **Traje para niña.**—Levita larga de *peluche* granate, abierta sobre un delantero de seda floreada. Mangas de seda. Cuello vuelto y hombreras de *peluche* granate. Cinturón de *peluche*. Limosnera de seda y *peluche* pendiente del cinturón.

Núm. 11. **Traje para paseo.**—Es de piel de seda gris acero. Larga levita con solapas y cuello *Médicis* de pasamanería de acero. Camiseta fruncida de la misma tela. Mangas huecas, guarnecidas con galones de pasamanería. Falda plegada, adornada con un ancho galón de pasamanería de acero. Sombrero de terciopelo, adornado con plumas. Tela necesaria: 22 metros de piel de seda.

Núm. 12. **Traje para mañana.**—Cuerpo corto de paño color pan tostado, abierto sobre una camiseta fruncida de velo *beige*. Solapas, cuello y aldetas de *pekín* listado. Mangas lisas, con carteras de *pekín*. Falda plegada, semicubierta por anchas palas guarnecidas con *pekín*. Sombrero de paño y terciopelo. Tela necesaria: 9 metros de paño, doble ancho.

Núm. 13. **Abrigo largo.**—De paño *beige*. Anchas solapas de la misma tela sirven de marco á un *plastrón* de terciopelo negro. Cinturón ruso de pasamanería. Mangas muy anchas, con puños de piel. Sombrero de terciopelo negro, adornado con plumas y lazos de cinta.

Núm. 14. **Traje para casa.**—Es de paño Corinto. La parte de falda, lisa en el delantero, se frunce en la parte de detrás. Cuerpo también fruncido, con canesú bordado de *soutache* negra. Mangas fruncidas. Puños y cinturón ruso bordados de *soutache*. Tela necesaria: 8 metros de paño Corinto.

Núm. 15. **Abrigo Duquesa.**—Larga levita de seda brochada, con solapas de terciopelo, abierta sobre un delantero de seda brochada y terciopelo, sujeto con un cinturón de pasamanería. Mangas muy anchas de seda brochada y terciopelo. Sombrero de terciopelo, adornado por grupos de plumas.

Núm. 16. **Traje para visita.**—Cuerpo de paño, cerrado por medio de dos sardinetas de pasamanería, cortado sobre un *plastrón* de terciopelo. Mangas de terciopelo. Falda drapeada, guarnecida con una ancha tira de terciopelo cortada á picos. Capotita de terciopelo. Tela necesaria: 8 metros de paño y 4 de terciopelo.

## LABORES

Núm. 2. **Colcha para cuna.**—Se hace con fina lana de Alsacia blanca, al punto de margarita, hecho con un crochet de hueso. Para evitar el tener que cortar la lana al final de cada vuelta de margaritas se separan entre sí por una vuelta de medias bar., y puntos de ca. Por los huecos que forma esta vuelta se pasan estrechas cintas de seda azul ó rosa. Después de concluida la colcha se rodea con un festón, hecho también al crochet.

Núm. 3. **Puntilla al crochet para adornar ropita de niño.**—El pie se forma con una trencilla de piquitos y dos vueltas de crochet.—Primera vuelta de la puntilla: 7 de ca., 15 de ca., 7 de ca.—Segunda vuelta: 3 bar., sobre los puntos de ca., de la vuelta anterior 6 bar., picadas en el mismo punto y separadas por un punto de ca.—Tercera vuelta: piquitos formados por 5 puntos de ca.

Núm. 4. **Entredós al crochet para adornar ropita de niño.**—Se empieza por una cadeneta del largo necesario.—Primera vuelta: 7 de ca., se pica cada cinco puntos.—Segunda vuelta: 2 bar., en el centro de las 7 de ca., de la vuelta anterior; 7 de ca., 2 bar.—Tercera vuelta: se pica en el centro de los 7 de ca., 5 de ca.—Cuarta vuelta: se repite en los dos lados del entredós 3 medias bar., 5 de ca., 3 medias bar., 5 de ca., 3 medias bar., y así sucesivamente.

Núm. 5. **Estrella al crochet.**—Se empieza por 24 puntos de ca., con los [illegible] se forma un redondel.—Segunda vuelta: 7 de ca., se pica cada tres puntos hasta conseguir 8 piquitos.—Tercera vuelta: 5 de ca., se pica en la parte alta de los piquitos; 5 de ca.—Cuarta vuelta: 9 de ca., se pica 9 de ca.—Quinta vuelta: 9 de ca., se pica 9 de ca.—Sexta vuelta: bar., compactas.—Séptima vuelta: bar., separadas por 1 punto de ca.—Octava vuelta: 2 bar., 5 de ca., 2 bar.—Novena vuelta: 1 bar.,

Núm. 8.—Abrigo largo

3 picos de 5 puntos de ca., 3 de ca.; se pica sobre los dos puntos de ca, de la vuelta anterior 3 de ca., 1 bar., 3 picos, 3 de ca.

............

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

### LA CASA

V

Saneamiento.—Hay habitaciones que por estar unidas á una tienda tienen que ser utilizadas para vivir en ellas á pesar de la humedad de sus paredes y de otras condiciones malsanas. Cuando no depende del mal estado de la fábrica, la humedad de las paredes procede de la pequeña cantidad de acetato de potasa (sal de nitro), que se forma en su superficie á causa de la presencia de los mismos habitantes y de la alteración continua del aire por su respiración.

Esta sal atrae inevitablemente la humedad de la atmósfera.

En este caso la cola con que se pega en las paredes el papel, se descompone, y el papel se despega ó se cubre de moho.

Las habitaciones malsanas por efecto de la presencia del acetato de potasa, se hallan con más frecuencia en las casas viejas.

Para preservarlas de los perniciosos efectos de la humedad, hay diferentes medios más ó menos eficaces.

El empleo de *materias hidrófugas* no produce por regla general los buenos resultados que prometen, toda vez que al cabo de algún tiempo de haberlas empleado reaparecen los efectos que están destinadas á combatir.

Cuando las paredes están profundamente húmedas, debe el dueño de la casa mandar picarlas, darles encima una buena mano de yeso, secándolas después por medio del aire y de la calefacción.

De todos modos un deber de conciencia debe decidirle á no alquilar la casa hasta que las paredes estén completamente secas.

En los parajes donde la temperatura contribuye á sostener la humedad de las paredes, se ponen en la superficie interior cañizas, sobre ellas una ligera capa de yeso, y encima el papel.

Núm. 9.—Traje estilo sastre

Es el mejor preservativo de la humedad.

En las localidades donde abunda la madera deben cubrirse las paredes con tablas; y si este sistema no fuera muy costoso sería el que aconsejaríamos como mejor.

Cuando una casa no es muy húmeda basta para secarla un poco de fuego en las habitaciones durante la primavera y el otoño y aireándola bien en el buen tiempo.

Las camas no deben acercarse á las paredes húmedas, porque si malo es habitar las casas húmedas, dormir en ellas es peligrosísimo.

Temperatura de los parajes habitados.—Grande es la economía que resulta de elegir una casa situada al Mediodía, pues en invierno puede ahorrarse en ella combustible, toda vez que caldeada durante el día, sólo al anochecer hay que encender fuego.

Las casas así situadas suelen ser frescas en verano, pudiendo evitarse fácilmente el sol con las cortinas y mejor aún con las persianas, que dejan penetrar el aire.

En Andalucía suelen usar esteras que, bien mojadas, preservan del calor que entra por los balcones. Los patios de aquellas cómodas casas se cubren con un lienzo grande, que llaman vela.

Las casas situadas al Norte ó al Noroeste necesitan como preservativo para el frío lo que se llama contraventanas, especie de puertas exteriores forradas de pelote cubierto con hule en la parte interior y con madera pintada en la exterior.

Estas contraventanas se usan en Alemania y en el Norte de Francia. En España todavía no se han adoptado, pero son muy útiles en los climas fríos.

El mejor sitiema de balcones, digan lo que quieran es el antiguo, que aún se conserva en algunos edificios y en las celdas del monasterio del Escorial.

Puede decirse que el balcón ocupando el espacio que mide la pared maestra, tiene cristales á flor de la fachada y cristales en la línea que marca la pared interior.

El hueco es grande y evita las corrientes.

Esto se ha reemplazado con los miradores, que son muy elegantes y muy cómodos, pero que no ofrecen las mismas ventajas desde el punto de vista higiénico y económico.

M. T. de Lallave

Núm. 12.—Traje para mañana

## EL SEÑOR DE PÉREZ

por

MARIO LARA

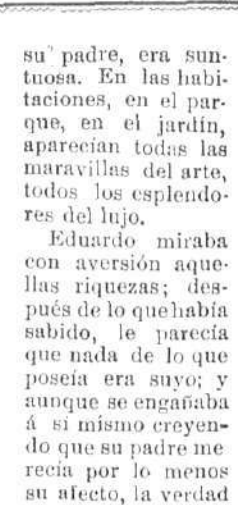
(*Continuación.*) (1)

Al verlo, su desdichada esposa me juzgará con más benignidad. Antes de ocho días irá á Madrid con toda la familia; yo mismo, si es preciso, me presentaré á esa señora, le pediré tu dicha, y Dios querrá que aún pueda, haciendo este sacrificio por ti, conservar lo que más estimo en el mundo: tu consideración, tu cariño.

Eduardo salió aquella misma noche de París.

Su padre le había rogado que se detuviera un día siquiera en Biarritz. El joven amaba á su madre y á su hermana, y resolvió acceder á esta súplica.

La *villa* que habitaban, propiedad de



su padre, era suntuosa. En las habitaciones, en el parque, en el jardín, aparecían todas las maravillas del arte, todos los esplendores del lujo.

Eduardo miraba con aversión aquellas riquezas; después de lo que había sabido, le parecía que nada de lo que poseía era suyo; y aunque se engañaba á sí mismo creyendo que su padre merecía por lo menos su afecto, la verdad era que en su corazón había una herida incurable.

Llegó hasta la verja de la *villa*, recordó las maravillas que atesoraba, y sintiéndose sin valor para ver á su familia rodeada de aquella suntuosidad cuyo origen conocía y execraba, se alejó antes de que le vieran.

—Vuelve á Bayona, dijo al postillón del carruaje que le conducía.

Se hospedó en un hotel; escribió á su padre participándole que no había tenido fuerzas para presentarse á su madre con la serenidad necesaria para no afligirla, y al día siguiente se dirigió á Madrid en el expreso.

Ocho días habían transcurrido desde su partida.

Al llegar á su casa salió el portero á su encuentro.

—¡Ay, señorito! le dijo; no sabe usted lo que sucede. José María, el pobre José María, se ha vuelto loco. Desde que usted se fué no ha querido comer; salió de casa un día, no volvió; le buscamos, y había sido detenido por unos guardias en el momento en que iba á arrojarse desde el Viaducto. Después ha intentado varias veces quitarse la vida, y ha sido necesario llevarle á Leganés, en donde está furioso. Ayer mismo fué á verle el administrador del señor, y por la noche nos dijo que se hallaba en un estado lamentable.

La noticia llenó de pesadumbre á Eduardo.

Su primer impulso fué ir á informarse del estado del fiel servidor de su familia; pero le faltaba tiempo para arrostrar la última prueba. Necesitaba ver á Elena y á su madre, oir de sus labios su sentencia.

Los criados le refirieron nuevos pormenores del pobre José María. Decía en sus arrebatos que era un malvado; que su amo iba á matarle.

Eduardo cambió de traje, y tomando un coche de alquiler se dirigió á casa de doña Rosalía.

Miró á los balcones al apearse, y vió papeles.

Esto le alarmó.

Subió, llamó en el cuarto de doña Blasa, y María salió á abrir.

—¡El señorito! dijo con una especie de sobresalto que chocó al joven.

Doña Blasa acudió á su encuentro.

—Pase usted, pase usted, le dijo; y echándose á llorar al mismo tiempo que le daba la mano. Nos ha engañado usted, le dijo; pero se lo perdonamos, porque, piensen lo que piensen los demás, yo estoy segura de que usted es bueno.

Eduardo suplicó que le explicase lo que significaban aquellas palabras, y doña Blasa le refirió que al día siguiente de marcharse había ido á visitarla el que hasta entonces había pasado por su pariente. José María fué recibido con la mayor amabilidad; pero no tardó en notar la buena señora que su razón estaba perturbada. Desde luego conoció que le pasaba algo extraordinario, y al preguntarle cuál era el objeto de su visita, se afligió primero, lloró después, declaró que era un miserable, que tenía el presentimiento de que Eduardo había ido á revelar á su padre un secreto que le comprometía.

Con este motivo se acusó de desleal, aseguró que su amo le mataría, y que antes se daría la muerte.

Doña Blasa le interrogó, no pudiendo explicarse á quién aludía al hablar del padre del huésped, de su amo; y entonces refirió toda la participación que había tenido en los favores que había recibido doña Rosalía; declaró quién era su amo, quién Eduardo. Después, como si se horrorizase de su debilidad, se levantó, se fué, salió á la calle precipitadamente. Doña Blasa corrió á contar á su vecina lo que acababa de saber; doña Rosalía sufrió, al oirlo, una impresión dolorosísima; fuera de sí, culpó á Eduardo; Elena lloró amargamente; en fin, aquello fué una verdadera tragedia, como dijo la buena señora al terminar su narración.

Aquella misma tarde salió doña Rosalía á buscar una buhardilla donde vivir con sus hijos, y halló desocupada la que había habitado antes. Al día siguiente llamó á un prendero, vendió todos los muebles, el piano; y cuanto recogió, con sus ahorros y una parte de la primera mensualidad que le había señalado su hermano, lo entregó al señor cura de San Nicolás, ofreciendo reintegrarle cuanto había recibido de sus manos con la mitad de lo que debía cobrar todos los meses.

Doña Blasa le había rogado que viviese en su compañía; sus súplicas habían sido inútiles. Estaba resuelta á trabajar, á devolver hasta el último céntimo, á consolar á su afligida hija y á olvidarse de que había conocido á Eduardo. Pensaba que la había engañado, porque no podía olvidar que el padre, causa de todas sus desdichas, favoreciéndola con recursos, y el hijo, enterado de la conducta del autor de sus días, ofreciendo la felicidad de su hija, obrasen de buena fe.

Estaba ofuscada sin duda alguna; pero ¿quién puede dominar ciertas impresiones? Si se arrepentía de su modo de pensar, la última voluntad de su esposo resonaba en su conciencia, y entonces:

—¡Ni la salvación de ellos, pensaba, ni la vida de mi hija! añadía contemplando con tristeza el hermoso sem-

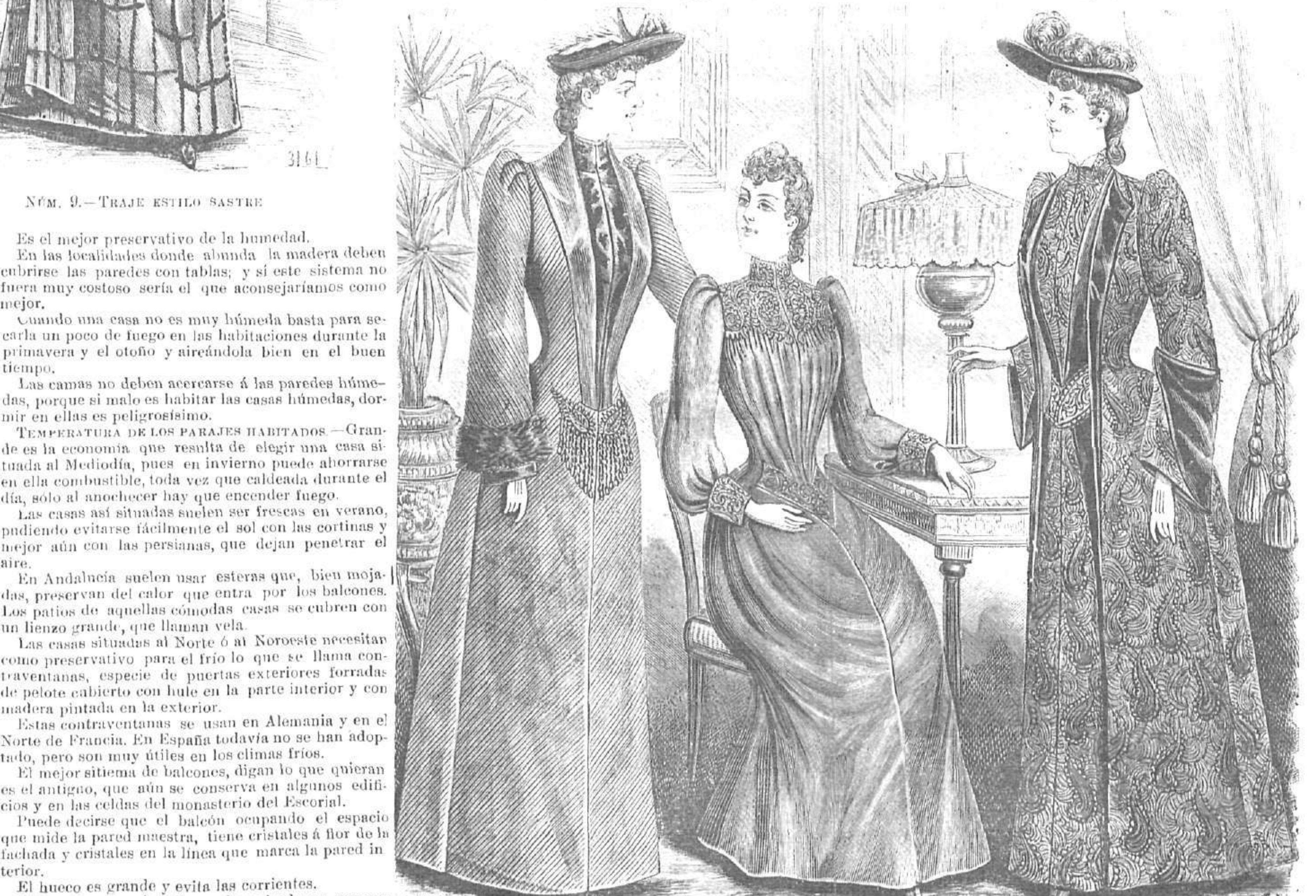
(1) Véanse los números anteriores.



Núm. 10.—1. Traje para niña 2. Traje para niña 3. Traje para niña



Núm. 11.—Traje para paseo



Núm. 13.—Abrigo largo Núm. 14.—Traje para casa Núm. 15.—Abrigo Duquesa



Núm. 16.—Traje para visita

blante de la niña, marcado con la sombra del dolor. Estas revelaciones anonadaron á Eduardo.

—Mejor querría morir, exclamó, que ser juzgado de ese modo. Yo necesito verla, explicarle...

—Guárdese usted muy bien, si estima, como dice, á esa pobre niña, que, aunque sufriendo, todo lo sacrifica á la tranquilidad de su madre. Ella le quiere á usted ¡vaya si le quiere!; la ausencia y el tiempo aliviarán su mal; volviendo á ver á usted se abriría su herida, y... ¡no, por Dios! créame usted, Eduardo, renuncie usted para siempre á sus proyectos, respete usted el dolor de esas desgraciadas.

XXII

El joven se separó de doña Blasa con el corazón despedazado.

Horribles ideas asaltaron en tropel su cerebro; pensó en la muerte, acusó á su padre, maldijo... Pero sobre todas estas ideas febriles, se levantaba, dominándolas, un sentimiento que embargaba todo su ser.

Y... ¿cómo no, si amaba á Elena con toda su alma; si cuanto más le alejaba de él la fatalidad, mayor era el des[illegible]ue le poseía de labrar su ventura?

Vo[illegible] á su casa; escribió muchas veces una carta á doña Rosalía, y la rompió; escribió á Elena, y le parecía pálido todo lo que decía; escribió á su padre y le horrorizaban las frases que trazaba su pluma... Sintió que sus ojos se nublaban, que su cabeza se encendía, que la respiración le faltaba. Maquinalmente tocó el botón de un timbre que tenía cerca, y cuando entró un criado en la habitación le encontró en el suelo sin sentido.

Pidió auxilio, acudieron otros criados, le llevaron al lecho, llamaron al administrador, al médico; el primero, después de oir al segundo que el joven tenía un ataque cerebral cuyas consecuencias pudieran ser funestas, envió un telegrama á su principal, manifestándoselo, y la ciencia prodigó al enfermo los auxilios más eficaces.

Cuando tres días después llegó su familia, acongojada por los telegramas que de Madrid había recibido, el peligro había pasado; pero el joven estaba tan débil, tan demacrado, que parecía un cadáver.

Era una sombra, la sombra que acompañaba á Pérez á todas partes.

La convalecencia fué larga; el otoño era muy frío, muy vario, y no favorecía su restablecimiento.

Pérez no se atrevía á hablarle; había entre los dos una atmósfera de hielo, y procuraba no verle sino en compañía de su madre, de su hermana ó del médico.

A los tormentos que laceraban su corazón, se unió la pena que le causaba la muerte de su fiel servidor José María acaecida en el manicomio de Leganés.

Preocupado de la situación de su hijo, sólo atendió á cuidarle.

La idea de perderle le horrorizaba.

El lo había dicho: era su única esperanza.

Los periódicos anunciaron la grave enfermedad del hijo mayor de *nuestro amigo el opulento capitalista señor de Pérez*, y su mejoría.

Al día siguiente de dar á luz esta noticia, anunciaron al padre de Eduardo que el señor cura de la parroquia de San Nicolás deseaba hablarle.

Recordando en aquel momento toda la triste historia en que había intervenido el venerable eclesiástico, se apresuró á recibirle.

—Vengo, le dijo, á cumplir una orden. No queriendo agravar la triste situación de usted, he aguardado á que su hijo mejorara. Hoy que ha pasado el peligro, por lo que doy gracias á Dios, me apresuro á devolver á usted, por orden de la desgraciada señora á quien he socorrido en su nombre, una parte de las cantidades que ha recibido de mis manos. Es demasiado pobre para saldar sus cuentas de una vez, como quisiera; pero está decidida á reintegrar á usted por completo, y todos los meses le enviará por mi conducto lo que pueda hasta extinguir la deuda.

—¿Ha sabido usted?...

—Todo.

—Pues bien; yo, que deseaba ver á usted; yo, que hubiera realizado este deseo si la enfermedad de mi hijo no me hubiera detenido al lado de su lecho, necesito de usted. No hablo sólo al sacerdote; hablo al confesor. ¿Quiere usted escucharme?

—Es mi deber.

—Esa señora no me debe nada... Antes por el contrario, yo soy su deudor. La base de mi fortuna la debí á su esposo: mi propósito era devolverle con creces aquella cantidad, y juro á usted, por la salvación de mis hijos, que al satisfacer esta deuda proporcionaba algún consuelo á mi lacerada conciencia. Después, usted lo sabe: mi hijo, prendado de las virtudes de esa niña angelical, aspiraba providencialmente á consagrarle su vida, sin conocer las causas que me impulsaban á favorecer á la viuda y los huérfanos del hombre á quien debo cuanto soy, cuanto tengo. Mis deseos y los suyos se han estrellado en un rencor que comprendo y disculpo, pero que labra á un tiempo la desventura de dos familias y, lo que es aún más triste, que condena á perenne martirio dos almas que no tienen culpa de la fatalidad que las separa. Santa misión de paz es la de usted en el mundo; usted, con su evangélica palabra, puede tornar en luz el caos, el dolor en alegría. Yo se lo pido por la vida de mi hijo.

El eclesiástico, que al cumplir su misión esperaba hallarse enfrente de la soberbia, no pudo menos de conmoverse al encontrar la humildad personificada en aquel hombre.

La emoción no le permitió responder.

—¿No quiere usted dispensarme ese inmenso beneficio? dijo Pérez.

—Lo que usted me pide es muy difícil. Esa buena señora ha sufrido mucho; el procedimiento que usted ha empleado ha despertado terribles sospechas en su alma; la voz de su esposo moribundo, mandándole rechazar en todo tiempo hasta la caridad de usted, resuena en su conciencia...

—Pero ¿y su hija?... ¿No es madre? ¡Ah! Puesto que en este instante hago ante usted una confesión, he de decirlo. ¿Cree usted que yo no me domino, que yo no sacrifico á la ventura de mi hijo todas las pasiones que me han agitado en el mundo? Yo, que he desafiado las dificultades, los peligros que encuentra el pobre que desea ser rico, el débil que anhela ser fuerte, el desheredado de la sociedad que aspira á engrandecerse; yo, que sacrificando mi conciencia he llegado á obtener el poder más grande de la tierra, el de la riqueza; yo, que he desafiado las iras de la multitud, que he influído en los Gobiernos, que he arrancado lisonjas al talento y á la virtud, que he visto descubrirse á la justicia para saludarme al pasar á su lado; yo, en fin, he podido, obedeciendo al impulso de mi soberbia, castigar ese rencor incomprensible, destruir ese interminable odio y conseguir por fuerza, si no de grado, la felicidad de mi hijo. Más aún: nada más fácil para mí que oponerme á esa unión que desea el ser á quien más amo en el mundo. Viajes, distracciones, cuanto la imaginación puede ambicionar, todo me hubiera sido fácil ofrecerlo á mi hijo: la riqueza consigue eso y mucho más; y sin, embargo, me humillo, renuncio á tan inmenso poder, y á usted, ministro de Dios, de rodillas si es preciso, le digo: gane usted esa alma á la piedad, convierta usted ese odio en misericordia; ayúdeme usted á unir esos dos corazones, para que sobre el hombre poderoso se levante el padre que adora á su hijo y pueda al menos librarse de su maldición.

—Invoca usted al ministro de Dios, dijo con voz solemne el sacerdote, y él va hablarle. ¡Cree usted obrar impulsado por el amor, y lo que le impulsa es el miedo!

—¿El miedo?

—Sí.

—¿De qué?

—De su pasado.

—¡Caballero! exclamó Pérez rebelándose.

—Oígame usted hasta el fin, como yo le he escuchado. El miedo, sí. Soy omnipotente, ha dicho usted; he podido destruir los obstáculos que se oponen á mis proyectos; la riqueza es invencible... y soy rico... ¡Ah pequeñez de las grandezas humanas, miserias de los esplendores de la vida! Un sentimiento, el más pequeño, el más humilde de su corazón, vence á todos esos colosos que le han llevado al triunfo en sus empresas. Ese sentimiento es la conciencia. Usted se engaña á sabiendas cuando asegura que puede. Acostumbrado á leer en lo más íntimo de las almas, leo en la suya, y veo que no es virtud su mansedumbre. Es miedo, lo repito: hace usted limosnas, porque así cree contentar á ese severo juez que lleva en su pecho; adula usted á los hombres de talento, porque teme usted sus sátiras; influye usted en los poderosos y los colma de dádivas, porque le amedrenta á usted su poder, y logra usted que la justicia se incline á su paso porque la ofusca usted y se reviste usted á sus ojos de cualidades que el miedo mismo le aconseja ostentar, el miedo de que le conozca y le castigue.

—Esas acusaciones...

—Las hace por mi voz su conciencia de usted, que le impone la pena más terrible que podía usted imaginar. El poderoso no consigue que una mísera viuda le perdone, que una inocente huérfana honre á su hijo siendo su esposa.

—¿Me reta usted? exclamó Pérez fuera de sí. ¿Convierte usted su sacerdocio en arma de venganza?

—No hago más que mostrar á usted la llaga que le devora... ¡Niegue usted que he puesto el dedo en ella!

El sacerdote le miró con tal fijeza, que le obligó á bajar los ojos.

Pérez vaciló.

—Pues bien, dijo después de una breve, pero dolorosa lucha; no lo niego. Miedo es, sin duda, sí, lo que embarga mi espíritu. En medio de las grandezas que me rodean, me parezco pequeño; en medio de las venturas que me sonríen, siento un dolor que no me deja sosegar. Daría cuanto tengo por un instante de reposo, y no lo alcanzo. En lo más íntimo de mi vida no hay más que desengaños y tristezas; los beneficios que hago se vuelven contra mí; el mismo talento que me reconocen, es luz que me permite ver la sombra que me rodea. He cifrado mi dicha en la familia, y una de mis hijas ha roto los lazos que conmigo la ligaban, complaciéndose en humillarme y escarnecerme; mi pobre Hortensia no puede disfrutar de las riquezas que para ella he atesorado; herida de muerte, al fin sucumbirá. Mi hijo... ¡Ah! Pero no quiero recordar su situación... Apiádese usted de él, apiádese usted de mí; querría morir y no puedo buscar la muerte; mi familia me necesita... Soy un miserable, un malvado; pero amo mucho á mi familia; todo lo he hecho por ella.

Al pronunciar estas palabras, sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Ese es el sentimiento que le da la Providencia: un sentimiento noble y puro en medio de las míseras pasiones que le combaten. Si usted hallara esa tranquilidad, ese bien que desea... ¿qué diferencia habría entre los buenos y los malos, entre las víctimas y los verdugos?

A estas palabras siguió un profundo silencio.

—Hablaré á esa señora, dijo el sacerdote; en tanto, cumplo su voluntad, devolviendo á usted estas sumas.

—¿Y quedará de nuevo reducida á la miseria?

—Es más feliz que usted; además, yo recibo de las almas piadosas donativos para los pobres.

No dijo más, y se alejó.

Pérez quedó largo tiempo pensativo. Era la primera vez que se había humillado ante el tribunal de la penitencia.

Pasaron algunos días, y Pérez, que esperaba con impaciencia el resultado de la gestión que había encomendado al virtuoso párroco de San Nicolás, le escribió preguntándole.

«Se hiere en un momento; pero las heridas se curan muy despacio,» contestó el sacerdote.

*(Se continuará)*

## CONFERENCIAS DEL DOCTOR

### LA VISTA Y LAS LABORES DE COSTURA DEL BELLO SEXO

¿Quién ignora que los ojos en la mujer son uno de los mayores atractivos de su rostro? Unos ojos bellos, negros ó azules, pardos ó verdes, que también los hay, según Becquer, y á más de bellos y brillantes expresivos, que estén sanos, es una de las mejores joyas que puede ostentar la mujer para rendir y vencer á los más empedernidos corazones, para armar una revolución en el sexo fuerte y para arrancar de la lira del poeta las más armoniosas cadencias; pero es menester que esos ojos sean, además de hermosos, expresivos, y que dejen asomar libremente á ellos el alma de la dueña que los posee, y esto sólo se obtiene cuando estos órganos están sanos.

Pero, por desgracia, nada hay más común que los padecimientos de la vista, siendo una de las causas principales de éstos la poca higiene, el descuido y abandono y falta de precaución que tiene la mujer cuando utiliza la vista en sus labores de costura. Nada hay que estropee más el órgano de la visión que el trabajar sobre el bastidor de bordar; que el punto de crochet, y en general toda clase de labor de esta índole; y si á ello se añade las malas condiciones higiénicas en que se verifican estos trabajos, fácilmente se comprenderán los desastres que con frecuencia ocasionan en la vista, afectando unas veces irritaciones crónicas, otras debilidad, otras miopía, etc., etc.

Todos estos males, mis queridas lectoras, se pueden evitar indefectiblemente con una buena higiene, tan fácil de aplicar como beneficiosos son sus resultados. Es, pues, necesario seguir al pie de la letra y tener muy presentes los consejos que á continuación cito:

1.° En toda clase de labores de costura, bordados, etcétera, etc., se procurará mantener colocada la cabeza en posición normal, sin inclinarla hacia adelante sobre el trabajo, el cual estará colocado en un costurero bastante alto: de este modo se evitarán congestiones de los párpados y de las demás partes de los ojos, cuyas congestiones pueden producir oftalmías, tan molestas como graves.

2.° Con preferencia deben elegirse las horas del día para el trabajo y una habitación clara, provista de amplia ventana ó balcón que deje paso á la luz, pero en manera alguna á los rayos solares, porque éstos, refractándose en la costura, generalmente de color blanco, hieren la retina (membrana ocular donde se pintan las imágenes que se miran) y es muy nocivo. Es, pues, perjudicialísimo trabajar expuesta la vista á la acción directa de los rayos solares.

3.° La luz, natural ó artificial, deberá proceder siempre del lado izquierdo, para evitar la sombra que sobre la labor proyecta la mano derecha: si se trabaja con luz artificial, deberá evitarse que el foco luminoso hiera directamente á la vista, procurando que refleje sólo sobre la labor.

4.° Los colores influyen notablemente sobre el aparato de la visión, siendo unos beneficiosos, y perjudiciales otros: todos los colores claros, excepto el amarillo bajo, producen excitación en la vista, que debe evitarse, pues es causa inmediata de debilidad de la visión; no hay colores más beneficiosos que el verde y el agarbanzado, que tienen la propiedad de disminuir la excitación de los globos oculares.

5.° Las lámparas que se utilicen de noche para el trabajo de costura, deberán estar provistas de pantallas translúcidas de color verde, siendo la mejor sustancia para su fabricación la porcelana pintada de este color.

6.° Tanto de día como de noche es muy ventajoso

colocar sobre el costurero, como fondo de la labor que se trabaje, un tapete de lana ú otra sustancia sin brillo, de color agarbanzado, que amortigüe la intensidad de los rayos lumínicos.

7.° Es de suma utilidad variar contantemente de labor, no trabajando más de una hora en una misma cosa, y al hacer la variación conviene ir de lo más complicado á lo más sencillo; de esta manera podrá empezarse una sesión de labor por hacer un fino calado en el bordado, pasar luego á hacer crochet, luego á hacer pespunte, después á armar objetos de adorno, etc., á fin de que el trabajo más sencillo sea el que finalice la tarea.

8.° No es conveniente trabajar las labores de que me ocupo más de cinco horas seguidas de día y tres de noche; todo el tiempo que exceda de esta pauta será perjudicial.

Siguiendo con escrupulosidad estas reglas, es seguro que el órgano de la vista funcionará siempre en perfecta normalidad, sin producir afección ninguna que moleste ni afee á la persona. Lo que sí se produce cuando el trabajo es excesivo, ó por lo menos diario, es un estado de debilidad y enturbiamiento de la vista que, acrecentándose lenta y progresivamente, puede dar lugar desde la miopía hasta la catarata; para evitar estos desastres tan frecuentes, aconsejo á mis lectoras un tratamiento especial, muy útil y eficaz: consiste en lavarse los ojos con un trozo de algodón en rama, empapado ligeramente en la siguiente disolución:

| | |
|---|---|
| De sulfato alumínico potásico..... | 30 centígramos. |
| De agua destilada de espliego.. . | 150 gramos. |

con la cual, pasando ligeramente el referido algodón por el borde de ambos párpados dos veces al día, se mantiene la vista fresca, clara, sin debilidad y hasta preservada de contraer afecciones inflamatorias.

DR. QUININA.

## A LA LUZ DE LA LÁMPARA

Gayarre.—Los tenores.—El valle del Roncal.—La caridad en los salones.—Ropa para los pobres.—Más muertes.—El duque de Valencia.—El duque de Abrantes.—Esperanzas.

¡Pobre Gayarre! ¡Qué rápidamente se ha extinguido aquella vida tan brillante en que se unían la juventud y la gloria, y en la que nada, absolutamente nada daba idea hace pocos días de la muerte!

Los grandes artistas se unen por medio de lazos estrechísimos á las generaciones en que viven. Al realizar ellos el arte, son los intérpretes de los sentimientos de multitud de almas que se identifican con la suya, y su voz es la de millares y millares de corazones.

Rubini fué el ídolo de nuestros abuelos; Mario y Tamberlik entusiasmaron á nuestros padres; Gayarre era el tenor de la generación actual.

Despuntó la aurora de su gloria cuando la del último llegaba á su ocaso, y ha vivido doce años, desde 1877 hasta ahora, en el apogeo de la fama, entusiasmando al público en todas las capitales más importantes del mundo.

Italia le consideraba como el predilecto de sus hijos de adopción. París le aclamó con entusiasmo, y los públicos aristocráticos de Berlín, de Viena y de San Petersburgo le saludaron como á una maravilla.

Entre todas las glorias de que puede disfrutar el artista, no hay ninguna que supere á la del tenor. Es la más brillante, la más completa; pero también la más efímera. Tiene pendiente de su voz á millares de almas; pero en cuanto el encanto pasa, sólo queda de sus maravillas el recuerdo en los que las han oído.

Y cuando queda la esperanza de volverla á oir, todavía es más duradera la impresión que cuando esa esperanza se desvanece por completo.

Por mucho que se esfuercen en decirnos cómo cantaba el *Salve di mora casta é pura*, de *Fausto*, Mario, y el *Credo* del *Polliutto* Tamberlik, no podremos comprenderlo como los que lo oyeron.

¡Qué lástima que no se haya adelantado más en los problemas del fonógrafo y que no hayan quedado grabadas en planchas que serían inmortales el *Spirto gentil* de *Favorita*, el *O Paradis*, de la *Africana*, la romanza del epílogo de *Mefistófeles*, todo, en fin, lo que Gayarre cantaba!

Era el representante del *bel canto*; el que nos hacía llorar con las lágrimas de Donizzeti y de Bellini.

¡Y pensar que no volveremos á oirle, cuando se hallaba todavía en todo su apogeo!

Todos los grandes tenores han vivido mucho; tanto, que han sobrevivido á su gloria y han experimentado en los días de la vejez las tristezas de la decadencia, las amarguras de la majestad caída.

Mario, despues de asombrar al mundo, tuvo que aceptar una plaza modestísima en un teatro de Roma, y aquel rey de la elegancia y de la distinción, no tuvo apenas en sus últimos años ropas para cubrir su cuerpo enflaquecido por las privaciones.

Tamberlik ¡pobre Tamberlik! anduvo en su vejez rodando por los teatros de provincia. Todavía recuerdo la impresión tristísima que sufrí cuando le oí la última vez. Era en una capital de provincia de segundo orden, y cantaba su gran ópera *Polliuto*; llegó el *Credo* y el gran artista, que se había estado reservando toda la noche, hizo un esfuerzo supremo y lució todavía algo de aquella voz vibrante que llegaba al alma.

No le aplaudieron; una profunda amargura se pintó en su rostro, y cuando los que estábamos en un palco gritamos: *¡Bravo, Enrico!* que era como solían decirle en Madrid en los momentos de sus grandes triunfos, se volvió á nosotros, iluminándose su rostro á la luz del recuerdo glorioso, y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

He visto en el transcurso de la vida muchas majestades caídas; pero ninguna me causó la impresión que aquélla.

Gayarre se había puesto á cubierto de estas contingencias, labrándose una fortuna y conservándola. Hijo del pueblo é hijo del trabajo, no desconocía el valor del dinero, y si no lo economizaba para hacer una buena obra ó para socorrer con generosidad una desgracia, no lo derrochaba en vana ostentación ni en locos placeres.

Cien veces se lo oímos; para él no llegarían las decadencias en la escena; en cuanto se sintiese en el declive de sus admirables facultades, daría un ¡adiós! definitivo al arte y se retiraría á su querido valle del Roncal.

¡Con qué esmero cuidaba el infortunado el bello rincón del mundo donde nació y donde se proponía pasar los últimos años de su vida!

Allí no había pobres desde que Julián era rico; él hizo levantar á sus expensas la iglesia donde oraban sus paisanos, y la escuela donde aprendían los hijos de los que fueron sus compañeros de infancia.

Los enfermos tenían para remedio de sus males un hospital que él dotaba, y ningún paisano suyo se acercaba á él con pena, sin salir consolado.

Había comprado y embellecido la casa en que nació; todos los suyos le debían una posición, y allí había hecho cavar, al lado de la de su padre, su sepultura.

¿Quién le había de decir que la había de ocupar tan pronto?

Hemos asistido á su agonía; hemos visto su cadáver; hemos acompañado sus restos, cubiertos de flores, á la estación del Mediodía, y todavía nos parece mentira esta triste realidad, cuando recordamos que esta misma temporada, que apenas lleva dos meses, le hemos visto con la armadura de bruñida plata y el manto azul y blanco de Lohengrín; que era todavía ayer casi cuando le veíamos correr por el jardín tras Margarita, como se corre en la vida tras la dicha, y cuando le oíamos la preciosa balada del epílogo de *Mefistófeles* y la romanza del *Don Juan*.

Ya descansa su cuerpo para siempre entre la tierra sagrada de su querido valle natal.

Su recuerdo será imperecedero; los de la generación actual se lo legaremos á los de la venidera; y cuando ya seamos viejos, muy viejos, los que ahora le lloramos, podremos decir con orgullo á nuestros nietos, al hablarles de las emociones gratas de nuestra vida:

—¿Sabéis? ¡Oímos á Gayarre!

—

En medio de las desgracias que nos afligen, es un espectáculo verdaderamente consolador el que están dando estos días todas las clases sociales de Madrid, apresurándose á socorrer á los pobres desvalidos.

Las suscriciones que inició *El Globo*, y que han seguido *El Imparcial* y *El Liberal*, están dando un gran resultado, y merced á ellas, han tenido en estos días crudísimos pan y abrigo muchos desvalidos.

En salones aristocráticos, á la luz de las lámparas, veladas por las grandes pantallas de sedas y encajes, se trabaja estos días para los pobres.

Era interesantísimo el cuadro que ofrecían una de estas últimas tardes los salones de la señora viuda de Larios. Aquellos salones son el compendio de todas las maravillas del lujo moderno, y era vivísimo el contraste que ofrecían entre aquellos primores las burdas telas de cuadros para jergones, las piezas listadas para colchones y las ropas blancas, que jóvenes encantadoras, auxiliadas por hábiles costureras, preparaban y cosían, para formar con ellas las camas de los pobres.

En todas las tertulias hacen ahora las señoras algunas prendas de abrigo para los pobres, y es de ver los aristocráticos dedos de las beldades del gran mundo haciendo con la aguja y la lana toquillas y chaquetas.

Esto sin contar con los donativos en dinero. En casa de los duques de Fernán Núñez no ha habido este año el acostumbrado baile del día 1.° de Enero; pero de allí han salido, entre otros importantes donativos, mil pesetas, que han enjugado algunas lágrimas.

Los señores de Bauer no han dado el baile anunciado; pero han dado otras mil pesetas para los pobres.

La Reina Regente está derramando á manos llenas las limosnas; más de 60.000 pesetas se llevan distribuídas por su encargo desde que comenzó este tristísimo invierno.

Todos los días, por mañana y tarde, se sirve suculenta sopa, por encargo de la augusta señora, en el Asilo de las lavanderas.

¡Bendita sea la caridad, que así acude á remediar las desgracias, y dichosos los ricos, que pueden gozar de los encantos de hacer bien!

—

Dos nuevas muertes han venido á aumentar los lutos de la sociedad aristocrática: la del duque de Valencia y la del duque de Abrantes.

El duque de Valencia ha tardado muy poco tiempo en seguir á la tumba á su esposa, una noble dama de la familia de los marqueses de Espeja; su título, tan célebre en nuestra historia contemporánea, le hereda el vizconde de Aliatar, casado con una hija del marqués de Santa Marta.

El duque de Abrantes pertenecía á las más opulentas familias de la aristocracia española; era un Carvajal y un Téllez de Girón, y estaba casado en primeras nupcias con una Fernández de Córdova, hermana del duque de Medinaceli, abuelo del actual.

De este matrimonio nacieron el marqués de Sardoal, la marquesa de Bedmar y de Villanueva de las Torres, el marqués de Puerto Seguro, el conde de Villalba y el marqués de Navamorcuende.

De su segundo matrimonio con una señora de Granada, tiene también varios hijos. Los títulos y grandeza de la casa de Abrantes los hereda el señor marqués de Sardoal.

Los lutos son tantos en la sociedad aristocrática, que no es posible pensar por ahora en fiestas, aunque mejorasen las condiciones, como ya empieza á verificarse.

Ha desaparecido la pertinaz sequía y el tiempo es más dulce y blando, habiendo decrecido la mortalidad. La nieve y el agua han hecho el efecto de la bebida aplicada á los labios calenturientos del enfermo.

¡Quiera el cielo que estos beneficios continúen y que los primeros días del año de 1890 borren las tristes impresiones que nos dejan los últimos de 1889!

Entretanto, las ocupaciones preferentes son hoy orar por los muertos y socorrer á los pobres; y la *Crónica* está reducida á escribir necrologías y á contar rasgos de caridad.

EL ABATE

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

*Calipso.*—Traslado su carta al Administrador para que renueve su suscrición.—Celebraré que su papá se encuentre restablecido por completo.

*L. B. de L.*—Quedamos sumamente agradecidos á la eficaz propaganda que hace usted de nuestro periódico.

*M. A.*—Esas marcas suelen colocarse en el centro de uno de los extremos. Se emplea en su bordado algodón blanco, combinado con algodón azul ó encarnado.

*Angelita.*—Encuentro mucho más á propósito el terciopelo para el fondo de la labor. El dibujo se sigue con un fino cordoncito de seda, y los contornos se rodean con un fleco de menudas borlitas, también de seda.

*C. R. G.*—No contesto á su pregunta bajo el seudónimo de *Jazmín*, porque hace tiempo que ha sido elegido por otra señora suscritora.—El precio del patrón que desea es 2 pesetas, á las que tiene usted que añadir 75 céntimos por el certificado de dicho patrón.

*C. y F.*—Se publicarán las iniciales lo antes posible.

*Cruz blanca.*—Los zapatos á la inglesa de fino tafilete es el calzado que más se usa para vestir.—La colcha y la colgadura de la cama deben ser enteramente iguales. Están muy de moda para este objeto las finas cretonas satinadas de tenues colores. Para cuarto de señorita resulta muy lindo un fondo color marfil ó gris plata, sembrado de flores de un tono Ofelia, azulina ó rosa muy pálido.—Apunto el seudónimo que me indica.

*Gloria de la Coruña.*—Siento mucho no poder complacerla; pero yo misma ignoro lo que tiene usted interés en saber.—Participo de su opinión respecto al seudónimo, y sólo espero sus indicaciones para efectuar el cambio.

*S. T. de V.*—Tomada nota de la suscrición. Ya habrá usted recibido el ejemplar de *La Cocina Moderna*.

*E. L., León.*—Recibirá usted los cuadernos de la novela *¡Martirio!* en la forma que desea.—Mil gracias por su cariñosa felicitación.

*Adafina.*—Contesto con mucho gusto á sus dos preguntas. Primera: Lo más á propósito es un traje de crespón de lana gris plata, de forma muy sencilla, adornado con aplicaciones de encaje. Segunda: Peinado bajo.—Quedo á su disposición.

*M. Z., viuda de E.*—Envío á usted mi más sentido pésame por la dolorosa pérdida que ha experimentado.—Se ha recibido el importe de la renovación.

*Montañesa.*—Los únicos libros buenos que conozco, del género que usted indica, están escritos en francés. Si esto no es inconveniente para usted, puede pedirse á París alguno de ellos.

*C. C.*—Recibida su atenta carta.

*A. R. de A., Almería.*—Puede hacer un bonito marco de peluche azul marino. Una de las esquinas del marco se adorna con una guirnalda de flores bordada al pasado con sedas de Argel. Para las flores se emplea seda de varios tonos rosa, y las hojitas se hacen de tonos verde malva.

*A. A., Daroca.*—Dirija usted las cartas de consulta á nombre de la *Secretaría* de LA ULTIMA MODA.

*Q. B.*—Para el lavado de las mantillas de encaje se emplea con mucho éxito la cerveza.

*M. M. Félix.*—Propongo á usted el seudónimo de *Madreselva.*—No he tenido el gusto de recibir la carta á que usted alude, y ha hecho usted muy bien en no dudar de mis deseos de complacerla.—Se publicará el dibujo que usted necesita.—Recibido el importe de su renovación.

*Marquesa de P.* - En el caso que usted cita, los ofrecimientos que se cambian entre las dos personas son pura fórmula y, por lo tanto, no están obligadas á visitarse.—Transmitiré á Salvi las indicaciones de su amiga *Corazón de fuego.*

*Pensamiento de Canarias.*—En el núm. 102 tuve el gusto de contestar á sus preguntas. Ya sabía yo que la novela *¡Martirio!* había de gustar á usted mucho, y por esta razón me apresuré á recomendársela. No envíe usted el cuaderno duplicado: no merece la pena de certificarlo, y de otro modo se perdería.—Mucha gracia me ha hecho lo que me cuenta usted de sus niños, y debe usted estar satisfecha de la viva afición que demuestran á los libros.—Su buen juicio no la engaña en la opinión que ha formado usted de esas dos señoras. La primera es muy buena y simpática; pero entre su carácter y el de usted existe marcada diferencia.—No puedo menos de estar muy agradecida al vehemente cariño que me demuestra usted y siempre recibo sus cartas como las de una buena amiga.

*Gardenia blanca, Méjico.*—Las dos muestras que me remite están de moda, tanto en el género como en los colores. Indico á usted, como modelo más á propósito para el traje de seda, el grabado 12 del núm. 100 de LA ULTIMA MODA. Puede usted hacer todo el traje de la misma tela, y la camiseta fruncida de *surah* color marfil. Para el traje de lana me parece bonito el grabado 16 del núm. 99.—No hay inconveniente en que arme usted las primeras faldas con tres aceros cortos y una pequeña almohadilla.—Siempre tendré especial gusto en contestar á sus amables preguntas.

*Una gallega.*—El punto á que usted alude es una especie de tapicería ejecutada con lanas especiales sobre cañamazo grueso.

*R. G. de P.*—La *Pomada de Candor* da muy buenos resultados para conservar el cabello y facilitar su crecimiento.—El cachemir es la tela más á propósito para un traje que ha de ser usado en todas ocasiones. Elija usted un tono azul, nutria ó malva, y una forma sumamente sencilla.—Esa forma de abrigos está muy de moda este año, y, por lo tanto, no creo necesario que usted reforme el suyo.

*Mariposa.*—Adorne usted el abriguito del niño con estrechas tiras de piel. Los colores grises ó azulinas no se pueden teñir más que de colores oscuros.—Remitida la caja de *Polvos de Candor* color rosa.—Repase usted la colección de nuestro periódico y encontrará infinidad de bonitos modelos de malla.

*Samaritana.*—Tendremos presentes sus deseos. Borde usted las letras con algodón azul y encarnado.

*Lila.*—La letra que usted necesita se encuentra en el núm. 91.—La *pasta Circasiana* da á las manos suavidad y blancura.—En cuanto se publique un modelo bonito, no dejaré de indicárselo.—Celebro que esté usted tan satisfecha con nuestro periódico, y agradezco su atenta felicitación.

*Francisco Gómez, Aguarón.*—Tomo nota d su encargo, pero no creo que Salvi pueda complacerle en seguida. Son tantos los pedidos que recibimos de la índole del suyo, que no nos es posible publicar, sin que aguarde su turno, un nombre tan poco común, y por lo tanto de interés tan particular.

*G. R. S.*—Para la edad de su niña encuentro muy á propósito un trajecito escocés. Indicaré á usted un modelo muy elegante: Falda fruncida, colocada al bies, y guarnecida en el borde con una ancha tira de terciopelo negro. Cuerpo largo, fruncido, con canesú de terciopelo, formando tres picos. Mangas lisas, con hombreras fruncidas de terciopelo negro. Cinturón de terciopelo, cerrado bajo una escarapela. El complemento de este traje es un sombrero de terciopelo negro, de forma más bien grande, adornado con un doble lazo de cinta escocesa. En la plana del centro de este número encontrará usted un bonito modelo de abrigo largo para la niña mayor.

*T. P., de Santiago.*—Recibida su carta y el importe de la suscrición y el del certificado. Muchas gracias por todo.

*Fatima.*—Ya habrá usted visto completamente satisfechos sus deseos. Quedo sumamente agradecida á las cariñosas frases que me dedica.

*No quiero... vaya.*—Tiene usted que remitir 75 céntimos para el certificado.—Tomo nota del caprichoso seudónimo que ha elegido.

*J. V., Castellón.*—No he tenido el gusto de recibir su carta, y le ruego repita las preguntas que en ella me hacía.

*A una suscritora darocense.*—Haga usted el favor de decirme si los patrones que quiere son de cubrecorsé, pues de lo que usted indica no se hacen.

*Irugazte.*—Con el mayor gusto accedemos á su petición, quedando agradecidos á sus galantes felicitaciones.

*F. R.*—En la última Conferencia del doctor Alegre encontrará usted la contestación á su pregunta.

LA SECRETARIA.

## EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Continuando la serie de modelos de decorado y ornamentación de habitaciones, ofrecemos á nuestras suscritoras una lámina con dos, que representan: el primero, un dormitorio, estilo Luis XVI, y el segundo, un *boudoir,* ó gabinete, estilo Imperio.

## ADVERTENCIAS

1.ª Son, por fortuna, tantas nuestras favorecedoras, que no es posible atender á todas á un tiempo con la presteza que desearíamos. El reparto del «Almanaque» ha comenzado; con este número seguirá repartiéndose, y pueden estar seguras de que lo recibirán todas las que tienen derecho á esta muestra de nuestra gratitud.

2.ª Recordamos que esta Empresa no tiene viajantes encargados de hacer suscriciones. Por la provincia de Córdoba anda uno que ha estafado á algunas señoras. Nuestras suscritoras nos prestarán un favor haciendo correr la voz entre sus amigas para que no se dejen engañar. Algunos Centros envían viajantes, pero éstos llevan la autorización del Centro que los envía, y él es el responsable.

3.ª Cuando un Corresponsal no cumple sus deberes, cesamos de enviarle números. Las señoras que se queden sin ellos pueden atribuir la causa á la falta de cumplimiento del Corresponsal que las sirve, y dirigirse á nuestra Administración.

**La Ultima Moda.** Número suelto, servido por lo Centros de suscrición, 25 céntimos. **Suscriciones directas.**—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,3 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1600 reis. Un año, 3000.

**Son Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana: en México, los señores J. Ballescá y Compañía: en Buenos Aires, don Marcelino Bordoy: en la República del Uruguay, D. Francisco Arroyo, y en Portugal, Midões y C.ª**



Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



RODAJAS PARA SACAR PATRONES.—Precio en Madrid: 1,25 pesetas. En provincias, incluído porte y certificado, 2 pesetas. Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ULTIMA MODA.

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de LA ULTIMA MODA.